

## Carlos Lanfranco La Hoz: El Final de una Época y el Inicio de una Esperanza

JUAN MURILLO, GUSTAVO FRANCO, WALTER MENDOZA y OSWALDO SALAVERRY  
*Cátedra de Historia de la Medicina, Departamento de Medicina Preventiva y Salud Pública,  
Facultad de Medicina, UNMSM*

### RESUMEN

El presente ensayo analiza el papel del Maestro Carlos Lanfranco La Hoz en la construcción del imaginario cultural en nuestra Facultad. Se analiza su destacada actuación en diversos escenarios de nuestra historia institucional. Se plantea que Lanfranco es la expresión de una nueva cultura médica sanfernandina, constituyéndose en un referente necesario para una comunidad en proceso de reconstrucción y búsqueda de identidad. Se resalta que los valores que guiaron la brillante trayectoria de Lanfranco en la Facultad de Medicina, la tolerancia, excelencia académica, su vocación humanista, trabajo docente y su afán de construir una comunidad universitaria, constituyen un marco de consenso para la colectividad sanfernandina, la cual representa una fuerza vital potencial que puede ser canalizada para fortalecer nuestro desarrollo institucional. Se propone que en la medida que la Facultad se constituya en una comunidad (*Universitas*) con capacidad de realizar los valores que hicieron de Carlos Lanfranco La Hoz el referente institucional sanfernandino más importante de la segunda mitad del siglo, se hará realidad una nueva cultura médica que incorpore lo mejor de nuestra tradición científica y universitaria a una nueva base de cultura institucional para ubicarnos en mejores condiciones de desarrollo ante el siglo XXI.

*Palabras Clave: Carlos Lanfranco; Imaginario Cultural; Historia de la Medicina Peruana.*

### CARLOS LANFRANCO LA HOZ: THE END OF AN ERA AND THE BEGINNING OF A HOPE SUMMARY

The present essay focuses on the role of the master Carlos Lanfranco La Hoz on building the cultural imaginary of our Faculty. We address his outstanding performance within the various events of our institutional history. We state that Lanfranco is the expression of a new medical culture within the San Fernando Faculty of Medicine, being himself a mandatory reference for a community in reconstruction and through the search of an identity. We address the values which led him, such as tolerance, academic excellence, humanistic vocation, as well as teaching with the aim of building a university community. We propose that while the Faculty becomes a community (*Universitas*) able to accomplish Lanfranco's goals, we must consider him the most important reference of the second half of the century, in order to reach a new medical culture, based upon the best of our scientific and university tradition toward a new base of institutional culture to allow us the achievement of better development conditions at facing the XXI century.

*Key words: Carlos Lanfranco; Cultural Imaginary; History of Peruvian Medicine.*

---

#### Correspondencia:

Dr. Juan Pablo Murillo Peña  
Departamento de Medicina Preventiva y Salud Pública  
Facultad de Medicina - UNMSM.  
Av. Grau 755 - Lima 1. Perú  
E-mail: epigroup@hotmail.com

*“El proceso de modelar la personalidad médica a educandos que buscan deliberadamente y por vocación que les acondicionen su persona para realizar la profesión, constituye la esencia de la enseñanza de Medicina”*

*Carlos Lanfranco La Hoz. La Medicina, la Salud y la Educación Médica, 1981.*

## INTRODUCCIÓN

Es indudable que con la reciente desaparición física del Dr. Carlos Lanfranco La Hoz concluye un ciclo en la historia médica de este siglo. Sin embargo, este hecho va más allá de la simple desaparición de uno de nuestros más ilustres maestros de las últimas décadas. Es un proceso sumamente complejo que nos permite entender las profundas transformaciones que ha sufrido la enseñanza de la medicina como expresión de una práctica y cultura médica, así como los cambios en la construcción de la institucionalidad sanfernandina. El siguiente ensayo es una aproximación inicial al análisis de los procesos que posibilitaron el papel desarrollado por el Dr. Lanfranco dentro del colectivo médico, y del aporte de su labor docente en la construcción de una nueva cultura médica sanfernandina.

### EL CONTEXTO HISTÓRICO DE LA LABOR DOCENTE DEL DR. LANFRANCO

#### La Facultad de Medicina en la década de los '50

Existe una percepción equivocada de lo que vendría a ser la denominada “Época de Oro” de la Facultad de Medicina, comprendida entre los años 1927-1957<sup>(1)</sup>. Si bien es cierto que en ninguna otra época de la

historia de la medicina peruana lograron confluír en una sola institución universitaria científicos e intelectuales de la talla de Weiss, Paz Soldán, Delgado, Monge, Pesce, Hurtado, Trelles, Gutiérrez Noriega, Lastres, Palma, etc.<sup>(2)</sup> en realidad sólo tenemos una visión distorsionada de una facultad fragmentada en diversas cátedras que eran compartimentos estancos independientes entre sí. Ello permitía que a la par de estos brillantes profesores existiesen otros profundamente mediocres<sup>(3)</sup>. Lo cual era la expresión de un amplio espectro de propuestas de enseñanza y práctica de la medicina que coexistieron entre sí, articuladas en torno a un sistema cuasi feudal de cátedras donde la voluntad omnipotente del profesor jefe de cátedra, a semejanza del “patrón” de los hospitales universitarios franceses, determinaba el más mínimo detalle de la vida académica de su cátedra.

#### Sergio Bernales y el curso de Clínica Médica

Así como en la Facultad de Medicina existieron cátedras que se convirtieron en espacios de gran desarrollo intelectual y científico que expresaban determinadas formas de cultura médica y práctica universitaria, existieron espacios donde se desarrollaron formas particulares de práctica del ejercicio de la medicina y la docencia universitaria. Uno de estos espacios fue la cátedra de Clínica Médica I dirigida por el Dr. Sergio Bernales.

<sup>1</sup> En el período señalado se concentra la más importante y original producción científica e intelectual de la Facultad de Medicina de este siglo, el inicio de esta obra se expresa en la obra de Carlos Enrique Paz Soldán Soldán y la fundación del Instituto de Medicina Social (1927), el desarrollo de los estudios de altura y la publicación por Monge de su estudio “La Enfermedad de los Andes” en ese mismo año. También en ese año, en los *Anales de la Facultad de Medicina* se publica la Tesis de Bachiller de Pedro Weiss (“La Fisiopatología de la Enfermedad de Carrión”), probablemente uno de los aportes más originales de la Medicina Peruana. En este período se concentra la obra más importante de autores como José Antonio Encinas, Honorio Delgado, Oscar Trelles, Julio Pons, Daniel Mackhenie, Juan B. Lastres, Alberto Hurtado, Carlos Gutiérrez Noriega, Hugo Pesce, Manuel Cuadra, Telémaco Battistini, Pedro Weiss y Carlos Enrique Paz Soldán, etc., que en conjunto expresan el más alto nivel de desarrollo de la Medicina Peruana en este siglo. Ver al respecto Cueto M., *Excelencia Científica en la Periferia, GRADE-CONCYTEC*, 1989. Esta etapa culmina con los eventos científicos y académicos en que se conmemora el Centenario de la Fundación de la Facultad de Medicina por Cayetano Heredia (1956) y el Centenario del Nacimiento de Daniel Alcides Carrión (1957), en los que empieza a observarse un declive institucional de la investigación y la ausencia de una generación de recambio de este brillante colectivo de investigadores.

<sup>2</sup> Silva TM. *Conversaciones con Seguíñ*. Mosca Azul Editores. Lima, 1979. Según Silva, San Fernando era denominado irónicamente el “Sacro Establo” por la cantidad de “vacas sagradas” de la medicina que albergaba.

<sup>3</sup> “... rayanos en la estulticia”, como lo refiere el mismo Silva. Op. cit.

La cátedra de Clínica Médica I englobaba la primera etapa del aprestamiento clínico de los estudiantes y se desarrollaba en el Hospital Dos de Mayo. En este hospital, de gran significado desde la epopeya de Carrión, la enseñanza de la medicina tuvo un gran desarrollo en las primeras décadas del siglo, siendo el núcleo de las cátedras más prestigiosas de la Facultad. Julián Arce, Oswaldo Herculles y otros distinguidos docentes sanmarquinos tuvieron dicho hospital como sede de sus actividades, en donde la enseñanza de la clínica tuvo una especial preeminencia.

Sin embargo, hubo una etapa en que la Cátedra de Clínica Médica I comenzó a cobrar una cada vez mayor importancia en la Facultad: cuando asume la conducción de la misma el Profesor Sergio Bernales. Este profesor provenía de una familia emergente, a diferencia de otros segmentos docentes de la Facultad, y en él se daba un sincretismo muy peculiar a diferencia de otras personalidades de la Facultad socialmente emergentes como Monge, que rápidamente se adaptaron a otros referentes culturales. Por un lado, Bernales, “el negro”, como cariñosamente le llamaban sus alumnos, tenía una tremenda capacidad de trabajo y un elevado nivel de exigencia en el cumplimiento de las metas trazadas, característica típica de los grupos sociales emergentes, y por otro lado una vena criolla y un carácter explosivo, el cual utilizaba para movilizar a estudiantes y profesores al cumplimiento de los objetivos académicos. Ello se articulaba con una práctica de la enseñanza y de la medicina, donde el paciente era el libro y la cama del hospital el espacio natural de descubrimiento y construcción del conocimiento. El paradigma clínico francés, que exigía una sistemática diagnóstica aparejada a una destreza en la identificación y análisis del signo o del síntoma, era el eje de la enseñanza impulsada por el maestro Bernales. Actividades de enseñanza cuidadosamente diseñadas que giraban en torno a una sola nosografía, lo suficientemente amplia como para que el alumno tuviera posibilidad de analizar todos los grupos de signos y síntomas, y experiencias de aprendizaje que intercalaban el trabajo de aprestamiento técnico con implacables discusiones clínicas, eran el núcleo de su propuesta. De otro lado, esta arquitectura de experiencias de aprendizaje era lo suficientemente flexible para la introducción de innovaciones, algunas de ellas revolucionarias y trasgresoras para la época como la introducción del capítulo de Semiología Psicosomática, dictado por Carlos Alberto Seguí, de gran aceptación en el alumnado de la época.

Para hacer viable la transferencia de este modelo de enseñanza que requería de gran disciplina y aplicación para el logro de los objetivos de la instrucción, Don Sergio recurría a la fuerza de su carácter, sazonado de numerosas interjecciones flagelantes, de indudable origen popular, las cuales han pasado a formar parte de nuestra cultura médica (como denominar “vendedores de sebo de culebra” a alumnos y docentes con endebles argumentos conceptuales, o aquella lapidante “no pierda la oportunidad de quedarse callado”, expresión con que atormentaba a sus alumnos más timoratos). Los Conversatorios Clínico-Patológicos eran espacios de movilización colectiva de adrenalina para profesores y alumnos, ante la posibilidad de ser sometidos al escarnio público del Maestro y pasar a su famosa libreta de anotaciones.

A pesar de la rigidez de sus métodos y lo *sui generis* de sus expresiones, el Dr. Bernales alcanzó un gran consenso en la Facultad por lo que representaba su trabajo docente, en términos de la forma cómo promovía un nivel de excelencia académica, dado que además del esfuerzo exigido al alumno, éste era correspondido por un nivel de exigencia y compromiso por parte de la Cátedra, la cual respondía al liderazgo del Dr. Bernales, marchando también al son de sus puyas e interjecciones flagelantes cuando era necesario. En ese sentido, el Dr. Bernales no tenía un discurso ideológico para justificar la exigencia y excelencia que pretendía de alumnos y docentes, simplemente, *así tenía que ser*.

### **Carlos Lanfranco como Maestro Universitario**

Es imposible entender el papel del maestro Lanfranco sin tener como referencia la estructura de los cursos de Clínica Médica y la personalidad del ilustre maestro sanmarquino Don Sergio Bernales. Lanfranco se introduce a la Cátedra bajo su férula y forma parte de su plana docente siguiendo todos los peldaños de la carrera universitaria, incluyendo su paso por las horcas caudinas de las interjecciones de Don Sergio. Ello moldearía su carácter a semejanza de su maestro, siendo sin duda Carlos Lanfranco una notable continuación de la propuesta académica y del estilo de magisterio del Maestro Bernales.

Lanfranco hereda la posta de Don Sergio Bernales; sin embargo, fue mucho más allá que su maestro y mentor. Por un lado, Lanfranco poseía cualidades personales y humanísticas mucho más amplias que le

permitieron desarrollar un tipo de relación mucho más cálida en lo afectivo y sólida en lo ético-moral con sus educandos, y de otro lado, su propuesta de enseñanza era mucho más estructurada en términos de experiencias de aprendizaje, lo que permitió su persistencia en el tiempo. En el campo docente, Lanfranco identifica conjuntos de habilidades y destrezas necesarias para la transferencia de los conocimientos semiológicos y clínicos, y las sistematiza convirtiéndolas en experiencias de aprendizaje, las cuales eran la columna vertebral de las actividades lectivas. Para Lanfranco era indispensable que el alumno se preparara para la vida de hospital, lo que implicaba que las primeras experiencias de aprendizaje estuvieran orientadas a que se familiarizara con el funcionamiento de los servicios, incluyendo actividades básicas de cuidado del paciente como, por ejemplo, preparar una cama.

La gran cohesión que logró en su grupo de colaboradores y un sistema de constante supervisión y monitoreo de la práctica docente al pie de la cama del enfermo, permitió alcanzar niveles de elevada eficacia educativa. De otro lado, Lanfranco siempre mantuvo un nivel de docencia altamente individualizada, que mantuvo a pesar de los procesos de masificación de la enseñanza. Lograba identificar habilidades, destrezas y limitaciones en cada uno de sus alumnos y se dedicaba a desarrollar el programa más adecuado para cada educando. A los más capaces los estimulaba para profundizar sus habilidades y alcanzar nuevos logros, concentrándose en los alumnos con mayores dificultades, dedicándoles mayor atención y apoyándolos para alcanzar los objetivos propuestos de instrucción.

Lanfranco manejaba, de una manera sumamente intuitiva, enfoques de enseñanza que actualmente se reconocen como avanzados, sumados a una aproximación clásica al objeto de estudio clínico, donde desde el inicio inculcaba a los alumnos la observación como elemento importante en la exploración clínica. La capacidad de sorprendernos frente a la maravilla y complejidad del cuerpo humano, la emoción estética que nos transmitía el Maestro frente al signo o síntoma era el motor para profundizar el conocimiento y avanzar a sistematizaciones más complejas. Así, en las salas del Hospital Dos de Mayo, el tiempo era una dimensión innecesaria, inmóvil, frente a nuestra búsqueda y construcción del conocimiento, que al lado del maestro Lanfranco se convertía en una iniciación.

Dentro de los modelos de la clínica francesa con una fuerte influencia hipocrática, Lanfranco hizo énfasis en la anamnesis como un elemento central no sólo para obtener información relevante para el diagnóstico, sino para estructurar una relación médico-paciente en la cual el respeto a la condición del paciente era piedra angular del trabajo de aprendizaje. De otro lado la importancia que le daba al juicio clínico, en ver al paciente como una unidad, constituía el núcleo de una forma de aproximarse al fenómeno de la enfermedad, muy diferente al reduccionismo actual de los algoritmos y árboles de decisión. Si bien Lanfranco, fue sumamente permeable para la introducción de contenidos relacionados con nuevos tópicos y tecnologías médicas, hizo mucho énfasis en la unidad de un abordaje sistémico del proceso de diagnóstico, como base del aprendizaje del futuro médico, incluso en una época donde ya se comenzaban a introducir, de manera acrítica, como siempre, nuevas aproximaciones y abordajes al pensamiento clínico.

El esquema del Maestro, sí bien fue clásico en su forma de ver y practicar la medicina, nunca fue rígido. Propiciaba sistemáticamente las actividades extracurriculares, como la famosa ronda de los domingos, donde el Maestro pasaba visita con sus alumnos por los casos más interesantes del Hospital. Si la fortuna estaba con uno, podía tener la suerte de examinar, al lado del Maestro, un caso de Verruga Peruana y no sólo conocer su erudición casi Borgeana, sino entrenarse en descubrir signos y síntomas insospechados, siendo parte de una larga cadena de transmisión del conocimiento. Esa percepción de ser una continuidad de generaciones de médicos era algo que hacía trascender cada una de las experiencias de aprendizaje que nos proponía.

Posteriormente discutiremos el papel del Maestro Lanfranco como parte de la memoria institucional de la Facultad. Sin embargo, un hecho de gran importancia es la noción de unidad de historia y doctrina que era característica de su propuesta de enseñanza. En cada momento nos hacía descubrir, en cada clase, en cada conversatorio clínico, que lo que discutíamos era la continuación de un proceso de descubrimiento y construcción colectiva de generaciones de sanfernandinos. Así aparecían ante nosotros, a cada momento, figuras como Odriozola, Julián Arce, Valdizán, Herculles, Bernales, cuyo aporte y legado íbamos descubriendo en lo cotidiano, a través del testimonio del Maestro. Ello le daba una trascendencia tremenda incluso a anécdotas u observaciones puntuales, que eran la vía de en-

trada por la cual Lanfranco conseguía enlazar el pasado con la construcción del futuro.

Toda esta propuesta de enseñanza estaba enmarcada en un ambiente de familiaridad en la cual el Maestro Lanfranco era el padre y mentor de profesores y alumnos. Lanfranco llamaba a cada uno de sus alumnos por sus nombres y apellidos completos según la ocasión lo demandase. Estaba atento a que cada alumno estuviera en su lugar y tiempo correspondiente. Tenía una especial sensibilidad para detectar los problemas personales de profesores y alumnos, y su oficina era el espacio para un cálido consejo o una severa reprimenda, cuando no una ayuda solidaria a un alumno con problemas económicos o de salud. Al término de las labores lectivas, pasaba sus rondas por el Parque de la Medicina, interrumpiendo el himeneo romántico de las parejas de estudiantes, para enviarlos a sus casas a preparar el conversatorio o la discusión clínica del día siguiente. Cuando la zona adyacente del Hospital se hizo ostensiblemente insegura, se preocupaba que los estudiantes salieran con bien de la zona, y si alguna de las alumnas tenía que quedarse hasta tarde para estudiar un paciente, se cercioraba que pudiera salir con la seguridad correspondiente, gracias a la designación de “voluntarios” que al día siguiente tenían que rendirle cuentas de la seguridad de sus condiscípulas.

En ese sentido su cátedra era una familia, un espacio de construcción de institucionalidad y de cultura médica. En ese sentido, Lanfranco logra culminar el proceso de “acriollamiento” de la imagen del “patrón” francés iniciado con Bernales, y lo hace compatible a nuestra cultura, articulando una imagen más cercana, paternal y accesible a los alumnos, y más democrática en términos de acceso al conocimiento. Las condiciones de crisis y descomposición institucional progresiva entre las décadas de los '60 y '80 hicieron que su cátedra fuera uno de los refugios donde se mantuvo la llama de una institucionalidad sanfernandina al margen de los problemas y conflictos político-sociales que agobiaban a la Facultad, y era el referente informal de la cultura y colectivo de la Facultad. Allí aparece una cualidad de Lanfranco que es un aporte de tremenda trascendencia en la construcción de una nueva cultura institucional: La tolerancia. En un momento de pasiones y conflictos enconados que se prolongaron por décadas, Lanfranco, a pesar de todo, siempre respetó las ideas y posiciones políticas de profesores y alumnos. En épocas en que dirigentes estudiantiles no eran recibidos en algunos servi-

cios por conflictos políticos, Lanfranco los acogía y les daba cabida. Siempre respetó las instancias estudiantiles y jamás se opuso a una asamblea o reunión estudiantil, siempre y cuando no perjudicara el desarrollo de las actividades lectivas. Sin embargo, era inflexible en exigir que los dirigentes estudiantiles se dedicaran a las actividades lectivas con la misma pasión que se dedicaban a la política. Por ello es sumamente destacable el consenso que tuvo Lanfranco como profesor, a pesar de los escenarios políticos tan difíciles que enfrentó la Facultad.

El ingreso de la década del ochenta significó para la universidad estatal la profundización de un período de descomposición y crisis, que no tardó en llegar a las sedes docentes de los hospitales, donde la carencia total de recursos para la enseñanza se sumaba a una crisis progresiva de las condiciones de funcionamiento de los servicios de salud. En ese escenario, Lanfranco, en los años finales de su carrera docente, pudo adoptar el fácil expediente de un retiro glorioso. Pero como fué una constante en su vida, optó por quedarse y enfrentar los momentos difíciles. Todavía recordamos la pobreza de su oficina en el Hospital, en medio de un escritorio y muebles desvencijados, dirigiendo las labores lectivas. Jamás se quejó de la pobreza de los medios que la Universidad le ofrecía. Concertaba con los delegados estudiantiles la necesidad de convenir acciones para poder tener los materiales mínimos para la enseñanza, y así aparecían las famosas “chanchas” colectas que permitían comprar papel para los *syllabi* y separatas, tener fondos para recuperar algunos ambientes o comprar el foco para el viejo proyector de diapositivas, que funcionaba a golpes y que era el único de la sede hospitalaria. Durante esas épocas duras, Lanfranco utilizó su tremenda autoridad y prestigio para sacar docentes de las piedras, comprometiéndolos a residentes y asistentes ex-alumnos suyos a apoyar las acciones de la universidad. Lanfranco se multiplicaba y compensaba las limitaciones con su máximo esfuerzo. En esa última etapa en la Universidad estuvo secundado por un grupo de distinguidos docentes sanfernandinos, quienes apoyaron esforzadamente al Maestro en aquellos años duros y con los cuales la Facultad tiene una deuda de gratitud.

En esas épocas confusas, de múltiples cambios de contenidos y programaciones lectivas, se mantenía firme en su propuesta, no por conservador ni recalcitrante, sino porque sabía de las marchas, contramarchas y “experimentos” curriculares efímeros que fueron abundantes en los setentas y ochentas, por lo que apostaba a trans-

ferir una base sólida de formación que le permitiera al alumno adaptarse a un entorno lectivo futuro inestable e incierto. Todo esto nos muestra a Lanfranco como expresión de la reserva moral docente, en medio de un escenario de crisis generalizada (no sólo económica, sino también política) de desaliento institucional, que junto a otras cátedras, mantuvieron las actividades lectivas en un medio muy difícil. Lanfranco en la década del ochenta hizo posible para sus alumnos el desarrollo de actividades de un gran nivel académico. En medio de un contexto extremadamente difícil, de escasos recursos materiales, violencia social y política, logró para quienes tuvieron la suerte y el honor de ser sus alumnos en medio de ese escenario de caos y pobreza material, convertir esas duras condiciones de estudio en años gloriosos.

### La crisis del '61

La crisis de 1961 fue, como todos sabemos, una ruptura traumática cuyo análisis sistemático todavía está pendiente. Paz Soldán, todavía en vida, comparaba la retirada de los docentes opositores a la representación estudiantil como un filicidio. Las pasiones que despertó el conflicto fueron enconadas, porque éste no se redujo a la retirada masiva de docentes de la Facultad. Estamos hablando de un escenario donde el Decano era a la vez Jefe de Departamento, Presidente de la Academia Nacional de Medicina y Presidente de la Beneficencia Pública de Lima. El conflicto rápidamente se extendió a otras esferas bajo el control de los catedráticos renunciantes, quienes tomaron toda clase de represalias en todos los niveles contra los profesores que continuaban en la Facultad. En ese escenario, tomar la decisión de quedarse, independientemente de las consignas o coyunturas políticas, requería de un coraje tremendo. Es así como Lanfranco, siguiendo lo que fue una constante en su vida, decide compartir el destino de su *alma mater*.

En ese escenario, Lanfranco apeló al máximo esfuerzo de los docentes que se quedaron: Si bien progresivamente se integraron a la Facultad "profesores de distinta extracción, de diversos prestigios y desprestigios, de diferentes estilos y cataduras" (Silva), Lanfranco logró con el escaso número de profesores disponibles normalizar las labores académicas en la Cátedra de Medicina en un tiempo récord, lo cual fue toda una hazaña para una facultad que estuvo a punto de desaparecer, aunque para ello el reducido núcleo de docentes tuviera que dictar hasta cinco asignaturas diferentes a la vez. En corto período, el Maestro hizo

gala de su liderazgo, capacidad de persuasión y consenso. En un ambiente caldeado por los conflictos, Lanfranco jamás lanzó una diatriba contra los que se fueron, a pesar de los insultos y censuras provenientes de la otra orilla, extendiendo puentes para que puedan regresar como hijos pródigos los profesores que lo deseasen, como ocurrió en más de una oportunidad.

En esta nueva etapa, era inevitable que un profesor de su prestigio asumiera en algún momento la conducción de la Facultad. Es así que en 1968 asume el decanato de la Facultad, en un escenario de conflictos políticos enconados en torno a la gestión de Luis Alberto Sánchez como Rector de la Universidad. La suya fue una gestión que enfrentó la oposición de algunos docentes del Consejo y que pronto entró en conflicto con un tercio estudiantil en franco proceso de eferescencia política. Lanfranco no entendía la dinámica de alianzas y conflictos políticos que marcaban la política de la gestión universitaria, y trató de implementar una gestión al margen de dicho escenario, con la claridad y firmeza de convicciones que lo caracterizaba. Pronto se rodeó de una aureola de "autoritarismo" entre las dirigencias estudiantiles, las cuales promovieron una huelga en la Facultad, la cual generó en un momento un grave trastorno de las actividades lectivas que estuvo enmarcada dentro de la lucha general contra Sánchez. En ese contexto, la dinámica de los conflictos pudo más que las buenas intenciones y Lanfranco antes de ingresar a los páramos de la política universitaria, planteó, en una actitud que lo enaltece y muestra lo elevado de su condición humana, que si él era un obstáculo para el consenso y la reconstrucción de San Fernando, ponía su cargo a disposición, y se fue, para regresar a su cátedra en el Hospital Dos de Mayo al lado de sus alumnos y colaboradores.

### LANFRANCO Y SU PAPEL EN LA RECONSTRUCCIÓN DE LA INSTITUCIONALIDAD SANFERNANDINA

Las décadas de los '70 a '80 fueron períodos de un indudable repliegue institucional, al margen de los vaivenes propios de los conflictos y las oleadas de masificación de la enseñanza. La escasez progresiva de los recursos, la violencia política y un deterioro progresivo del nivel académico y la investigación. Todos esos factores hicieron que San Fernando cediese espacio y visibilidad en lo académico, a despecho de la carencia de líderes de opinión relevantes en el campo científico.

Es en este escenario donde emerge nítidamente la figura del maestro Lanfranco, quien a pesar de su avanzada edad, era animador de numerosas reuniones en Sociedades Científicas, Academias o Colegios Profesionales, allí estaba Don Carlos como representante oficial y oficioso de San Fernando. En estos foros, el Maestro no sólo hacía gala de su erudición clínica, sino que planteaba el papel protagónico y la importancia de San Fernando como núcleo del pensamiento en la Historia Médica Peruana. Cuando muchos pensaban ya en San Fernando como un recuerdo, Lanfranco con una certeza rayana en la ingenuidad hablaba no sólo del pasado, sino del futuro, de la grave crisis de la enseñanza de la medicina y la necesidad de establecer nuevos rumbos, de propuestas para mejorar y modernizar la gestión de la docencia universitaria, y sobre todo del papel central que le tocaría asumir a nuestra *alma mater*, San Fernando, en este proceso. En ese escenario de repliegue institucional, Lanfranco mantuvo la visibilidad de la Universidad, públicamente defendió la vigencia de nuestra institución en diferentes espacios académicos. No solamente era la encarnación de un glorioso pasado, que todos reconocían, sino era una pulga en la oreja en la mayoría de eventos académicos, donde a despecho de soberbias y pretensiones académicas provenientes de otras orillas, el Maestro insistía tercamente en la presencia de San Fernando, haciendo uso del prestigio y reconocimiento que gozó en los últimos años de su vida. Si algo le debemos las actuales generaciones al Maestro Lanfranco es sin lugar a dudas el haber bregado duramente para lograr mantener un espacio de visibilidad y prestigio para la Facultad en etapas sumamente difíciles de nuestra historia reciente. De otro lado, el tremendo consenso institucional logrado por don Carlos en San Fernando, inédito en este siglo, donde era considerado por muchos no sólo como un maestro, sino como un padre y amigo, logró en torno a él conciliar voluntades, plasmadas en los numerosos homenajes que recibió en vida, que permitieron reconstituir una trama institucional casi desecha por décadas de conflictos y escenarios de crisis.

### **LANFRANCO Y LA CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO SOCIOCULTURAL DE LA FACULTAD DE MEDICINA**

En términos culturales, el imaginario cultural de la Medicina Peruana nace con Carrión. Su sacrificio fue un núcleo movilizador en un escenario institucional de reconstrucción en medio de una guerra civil. La figura

de Carrión, en el fondo, llena la necesidad de un paradigma y de una identidad, la cual fue moldeada (incluso en términos físicos) en función de las expectativas del colectivo institucional de la postguerra y adquiere incluso el carácter de mito, el cual fue aceptado acríticamente por las generaciones posteriores. Años después, Valdizán se plantea la necesidad de configurar un imaginario cultural médico con historia, apostando a la construcción de un espacio de encuentro entre la historia de los médicos y la cultura de la población local. Sin embargo, el esfuerzo de Valdizán es marginal a la construcción de una hagiografía oficial funcional a los homenajes y ceremonias, orientada al mantenimiento del *status quo*, más que a la promoción de un conjunto de valores que se plasmaran en una cultura institucional. La ruptura del '61, con todo lo traumática que fue, no produjo mayores cambios en una hagiografía que devino en anacrónica, siendo su mayor representación la celebración de la Semana de la Medicina, en la que la presencia de Carrión (convertido en ícono neutro, que puede ser reivindicado por todos los sectores al estar absolutamente arraigado en un pasado que no tiene presencia en el presente) es marginal. La aparición de lecturas alternativas a este personaje central de la Medicina Peruana, dentro y fuera de la Universidad (desde las positivistas hasta las emergentes) tratan en el fondo de reinsertar a un referente importante dentro de nuevos escenarios institucionales y culturales.

En el caso de San Fernando, la construcción de nuestro imaginario cultural empieza y termina con Carrión. Existe, de hecho, un olvido sistemático de aportes relevantes que podrían constituir un imaginario institucional relevante y de indudable actualidad (Paz Soldán, Gutiérrez Noriega, Valdizán, Weiss, Seguí, Monge, entre otros). La pregunta es por qué Lanfranco, docente excepcional, a diferencia de los brillantes científicos e intelectuales antes mencionados, ingresa a ser parte de nuestro imaginario cultural. Consideramos que en torno a la personalidad del maestro aparece la necesidad en nuestra comunidad de la construcción de referentes más primarios (noción de comunidad médica, de familia universitaria, de valores mínimos de convivencia académica y social) que revelan un bajo nivel de desarrollo y cultura institucional. Este imaginario soslaya la producción científica e intelectual relevante porque nuestra evolución cultural e institucional todavía no ha convertido este aspecto como fundamental en la construcción de nuestra identidad y práctica cotidiana, y explica el olvido institucional de notables per-

sonalidades que merecen formar parte de nuestro imaginario cultural sanfernandino.

### EL LEGADO DEL MAESTRO

Lanfranco, como muchos brillantes clínicos de su generación, no era muy aficionado a sistematizar su experiencia en publicaciones. De hecho, mucho de lo que nos queda de él se deben a transcripciones corregidas de sus brillantes conferencias o participación en mesas redondas o clases magistrales. Sin embargo, su legado es mucho más complejo. Creemos que la clave que nos permite desentrañar dicha interrogante es la siguiente pregunta: ¿Cómo es posible que por primera vez en la Historia de la Medicina Peruana se reúnan cuatro generaciones de médicos para rendir homenaje a un maestro? ¿Cómo es posible que cientos de médicos se movilizaran durante los homenajes y ceremonias fúnebres en su honor? Nuestra hipótesis es que Lanfranco encarna la emergencia de una nueva Cultura Médica Sanfernandina. Una cultura médica heredera de un segmento social emergente que logró un espacio de legitimidad académica e institucional con Bernales, y que fue el núcleo social sobre el cual se reconstruyó la trama institucional de la Facultad después de la crisis del '61. *Dentro de este nuevo segmento social, Lanfranco encarna una nueva cultura, donde se crea un nuevo imaginario institucional, con sus propios paradigmas de liderazgo, excelencia académica y cultura médica, y que es percibido como un enlace entre el pasado y un futuro posible.*

Los funerales del maestro fueron probablemente, uno de los eventos de mayor trascendencia institucional en lo que va del siglo, sólo comparables a las exequias de Arce o Valdizán, además de presentar una tremenda riqueza de elementos socio-culturales. La presencia inédita de numerosos profesionales y autoridades de todos los niveles de la colectividad médica, empezando por el Ministro de Salud, de numerosos médicos y estudiantes que nunca conocieron al Maestro pero que adhieren los valores que encarna, o que simplemente necesitan referentes de identidad, muestra que existe una cultura sanfernandina que está pasando por fuera o que sencillamente no se siente representada por el discurso formal de la Facultad, pero que enlaza a una comunidad médica (*Universitas*), con sus propios valores y que se congrega en torno a elementos de consenso, que en la actualidad no existen o no son encarnados por su *alma mater*, pero que se movilizan en situacio-

nes límites. Una expresión de esta nueva cultura médica fue el momento culminante de la ceremonia fúnebre, cuando el féretro del Maestro abandonaba el parainfo de San Fernando en medio de las arengas con las cuales la izquierda política universitaria homenajeaba a sus mártires, lo que expresa la existencia de un imaginario y cultura institucional sanfernandina, que recién empezamos a descubrir, la cual está mucho más impregnada de elementos socio-culturales de las últimas décadas de lo que imaginamos.

Con Lanfranco se cierra una etapa, pero se inicia otra marcada por la visualización de una nueva cultura médica de un segmento social emergente, el cual está comprometido con los valores éticos, morales e institucionales que tan dignamente encarnó el Maestro. Es un segmento que está ahí, disperso en numerosas instituciones y estamentos de la sociedad, poseedor de una tremenda fuerza transformadora, pero latente. Así como esta colectividad fue capaz de movilizarse ante una situación límite como la muerte del Maestro, es posible que pueda articular su tremenda vitalidad y fuerza transformadora en torno a los mismos valores que encarnó Lanfranco y que en algún momento pueda apostar por el desarrollo y reconstrucción de nuestra *alma mater*. ¿Cómo hacerlo? Consideramos que este enlace debe hacerse en base a propuestas de liderazgo, excelencia académica, comunidad y desarrollo institucional acordes con el imaginario sociocultural de este segmento mayoritario de la comunidad sanfernandina y no con discursos que asimilados acríticamente encarnan otras perspectivas socioculturales.

Por todo ello, la dolorosa muerte del Maestro constituye el fin de una época, pero el inicio de una esperanza, de que el consenso expresado en su muerte, pueda convertirse en un elemento movilizador e integrador de la comunidad sanfernandina que nos lleve a la construcción de una nueva Facultad basada en los valores de tolerancia, excelencia académica, autenticidad en los valores, compromiso con el trabajo docente, y comunidad universitaria que encarnara el Maestro Carlos Lanfranco La Hoz y por los cuales bregó tercamente durante toda su vida.

### AGRADECIMIENTOS

Los autores expresan su agradecimiento a los Drs. Felipe Romero y Eduardo Zárate por sus comentarios y sus valiosos testimonios.